

Las Perspectivas del Nacionalismo Latinoamericano: El caso de Puerto Rico *

MANUEL MALDONADO DENIS

Por ser uno de los pocos países en el mundo que aún padecen el colonialismo en su más descarnada expresión, el caso de Puerto Rico merece una atención particular cuando de las perspectivas del nacionalismo latinoamericano se trata. Porque Puerto Rico es un producto histórico-social latinoamericano que, no obstante, carece de personalidad jurídica internacional o, lo que es lo mismo, que es un país que no ha alcanzado aún su independencia política en pleno siglo xx. Esta condición colonial de Puerto Rico confiere sin lugar a dudas al nacionalismo puertorriqueño una cierta especificidad dentro del contexto más amplio de América Latina. De otra parte es menester plantearse: 1) cuáles son los rasgos comunes entre el nacionalismo latinoamericano y su modalidad puertorriqueña; 2) hasta qué punto el imperialismo ha tomado a Puerto Rico como modelo para la dependencia económica y política de América Latina, sobre todo en el área del Caribe, y cuáles son las perspectivas del nacionalismo puertorriqueño dentro de ese contexto.

Para ubicar el problema en su marco más adecuado resulta necesario situarlo en un marco sociohistórico. Lo primero que tenemos que analizar es la trayectoria del nacionalismo puertorriqueño visto en su contexto social.

Las primeras expresiones del nacionalismo puertorriqueño comienzan a manifestarse a principios del siglo xix. La Revolución bolivariana deja su huella —aunque tenue— en la floreciente conciencia nacional puertorriqueña en ese siglo. Pero una vez concluido el proceso de la independencia latinoamericana Cuba y Puerto Rico continuarán bajo el dominio colonial español. El Grito de Lares y el Grito de Yara de 1868 son la

* Ponencia presentada en el Seminario sobre "La crisis del sistema económico mundial y las perspectivas del nacionalismo latinoamericano", celebrado en la Colonia Tovar, Venezuela, del 10 al 14 de mayo de 1976.

primera gesta insurreccionaria significativa en Puerto Rico y Cuba durante el siglo XIX. Cuba será entonces —como lo es hoy— la vanguardia del proceso revolucionario en las Antillas. El movimiento revolucionario puertorriqueño capitaneado por Betances verá con claridad que sus perspectivas nacionalistas sólo alcanzarían su fruición mediante una acción conjunta de todas las Antillas contra el dominio español. El sector más radical de los hacendados criollos arruinados por las medidas impositivas y represivas del gobierno español inician la revolución en el Oriente de Cuba y en el occidente de Puerto Rico. En Puerto Rico la revolución no pasará de ser un conato que será violentamente reprimido en 48 horas. El liderato revolucionario es encarcelado o exiliado. Pero en esa insurrección fallida encontraremos las raíces históricas del nacionalismo puertorriqueño del siglo XX.

Con el inicio de la Revolución martiana de 1895 resurge nuevamente el nacionalismo puertorriqueño. Martí había consignado en las Bases del Partido Revolucionario Cubano que uno de los objetivos de éste era “auxiliar y fomentar la independencia de Puerto Rico” y como consecuencia de ello se fundó en el exilio neoyorquino la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano.¹ Tanto Ramón Emeterio Betances como Eugenio María de Hostos participarán activamente en esta organización revolucionaria. Como todos sabemos la invasión norteamericana que sigue el comienzo de la Guerra hispano-cubana-norteamericana pone fin a este esfuerzo insurreccionario, frustrando de esta forma el proceso iniciado por Martí.

Lo que importa destacar aquí, sin embargo, es que quienes emprenden la lucha revolucionaria en Puerto Rico son un sector de la clase compuesta por los hacendados criollos que no logra convertir el proyecto de independencia en un auténtico proyecto de liberación nacional. Ello contrasta marcadamente con el caso de Cuba, donde sí logra plasmarse este proceso hasta culminar con la Revolución martiana de 1895. El sector mayoritario de la oligarquía criolla optó más bien por un proyecto autonomista antes que independentista. Todo ello debe entenderse en el contexto de las condiciones sociohistóricas de la sociedad puertorriqueña en aquel momento histórico. Bien vistas las cosas es menester entender que la propia oligarquía criolla —compuesta primordialmente por agroexportadores de café, tabaco y azúcar— no logran constituirse plenamente en una clase dominante —en el sentido cabal del concepto marxista— hasta entrado el fin del siglo XIX, y ello debido primordialmente a dos factores exógenos: la Revolución martiana y la Guerra hispano-cubana-americana de 1898. Más aún, podemos incluso debatir si este efímero período en que la oligarquía criolla compartió el poder colonial puede considerarse como un auténtico acceso a la categoría de clase dominante. Pues, como han señalado algunos estudiosos recientes de la materia, la propia naturaleza de la superestructura jurídica impuesta por el régimen colonial español inclinaba siempre la balanza del poder político en favor de la burocracia

colonial y de los peninsulares que dominaban el crédito y las ventas al por mayor.² En todo caso, creemos importante recalcar el hecho de que el nacionalismo puertorriqueño del siglo XIX es la expresión de un sector de los hacendados criollos que no logran incorporar en el proceso histórico —y esa era la intención de Betances como revolucionario social— a las masas esclavas y jornaleras que nada tenían que perder que una transformación revolucionaria de la sociedad puertorriqueña.

El nacionalismo puertorriqueño decimonónico es, por consiguiente, la expresión política de un sector de clase que no logra incorporar en su proyecto libertador a las clases oprimidas dentro de la sociedad. Quizá en ello merezca contrastarse su eficiencia en tal sentido con la del movimiento revolucionario cubano que capitaneó Martí. No es este el lugar para analizar el fenómeno a fondo. Bastará con indicar que Betances, líder espiritual y material de la revolución puertorriqueña, verá como imprescindible para el esfuerzo revolucionario una acción conjunta de los revolucionarios antillanos —cubanos, dominicanos y puertorriqueños—.³ Pero, como hemos visto, este movimiento no logra plasmar en un verdadero esfuerzo colectivo emancipador. El resultado: que Puerto Rico pasa de manos de España a los Estados Unidos sin que se haya gestado en el seno de la sociedad puertorriqueña unas fuerzas sociales cuya conciencia les llevara a ver sus intereses y los de la metrópoli como irreconciliables. La ocupación militar norteamericana rompe en todo caso con cualquier duda que pudiera haber al respecto y la menor las Antillas pasa ahora a manos de los Estados Unidos en calidad de “botín de guerra” por el Tratado de París de 1898.

Con la ocupación militar de Puerto Rico por efectivos norteamericanos vemos consumado el proceso expansionista del capitalismo monopólico estadounidense y presenciamos el advenimiento de una nueva fase en el desarrollo del nacionalismo puertorriqueño. Debemos notar, antes de proseguir, que desde fines del siglo XIX se nota una tendencia hacia el anexionismo entre algunos sectores de la ingente burguesía caribeña hispanoparlante. El historiador cubano Manuel Moreno Fraginals interpreta dicha tendencia como una capitaneada por la “sacarocracia”, es decir, por los grandes productores de azúcar para la exportación, que vieron abierta ante sí la posibilidad de que la mercancía sacarina entrase libre de tributos al mercado norteamericano. En Puerto Rico no tenemos aún la evidencia contundente del historiador cubano, si bien algunos investigadores —entre ellos el profesor Gervasio García— han contribuido a verter luz sobre el problema desde la perspectiva del pensamiento crítico. Lo importante es recalcar que este factor se halla presente y que no podrá ignorarse en el análisis de la nueva realidad que habrá de configurarse en la isla a partir de 1898. De hecho, cuando se consumó la anexión de Puerto Rico como territorio estadounidense en 1898, los dos partidos políticos principales que se crean a partir de la invasión —el Republicano y el Federal— abogan porque la isla se convierta en un estado federal de

los Estados Unidos. Otro tanto hará el primer partido representativo de los trabajadores puertorriqueños, el Partido Obrero Socialista, fundado por Santiago Iglesias Pantín en 1899.⁴

No obstante, el régimen civil impuesto a Puerto Rico a partir de 1900 —conocido en aquel entonces como la Ley Foraker— provoca una reacción adversa entre los sectores más arraigados del liberalismo puertorriqueño. Si la vemos en su contexto la Ley Foraker proveerá el marco jurídico —es decir, superestructural— dentro del cual deberá desenvolverse la política puertorriqueña hasta 1917. En realidad, ese orden superestructural tendrá entonces —como lo tiene hoy— profundas implicaciones para todo el sistema socio-económico boricua. Aun antes de 1900 —en los dos años que dura el gobierno militar (1898-1900)— se habían sentado las bases para la expropiación de los terratenientes boricuas mediante unos simples mecanismos económicos: la devaluación de la moneda y la restricción del crédito.⁵ Esto inicia el proceso que culminará con la consolidación de la economía azucarera bajo el signo del capital norteamericano, el declinar del café y del tabaco como productos de exportación, la creación de los grandes latifundios que convierten a la isla en un centro monoprodutor de azúcar de caña, en fin, que en un período de unas dos o tres décadas se ha consumado la destrucción definitiva de una economía asentada sobre la existencia de pequeños propietarios agrícolas y se ha instaurado un orden económico que responde a las necesidades de explotación de la división del trabajo mundial capitalista.

En ese proceso, que madurará durante los años veinte, la antigua clase de los hacendados sufre un golpe mortal, mientras que la incipiente burguesía puertorriqueña que logra levantarse dentro del nuevo marco superestructural es una clase débil y totalmente dependiente del capitalismo que arriba a nuestras playas en el papel de conquistador. Por lo tanto el advenimiento del capitalismo norteamericano que viene a Puerto Rico como secuela inevitable de la ocupación militar sepultará, por decirlo así, a la clase de los antiguos hacendados, ofrecerá a la emergente burguesía criolla el papel de socios menores en “el nuevo orden” económico y creará un vasto proletariado agrícola que constituirá la clase explotada en ese momento histórico.

Notaremos entonces que de 1898 a 1932, el nacionalismo puertorriqueño se convertirá en la expresión de un sector —que en ocasiones llega a ser mayoritario, pero que no tiene sin embargo una base social lo suficientemente amplia como para romper con el régimen colonial existente cuyos principales reclamos se articulan alrededor de la independencia política para Puerto Rico. Los portavoces principales de esta tendencia —hombres como Matienzo Cintrón, De Diego y Albizu Campos— provienen de las capas medias, profesionales e intelectuales que han surgido en el marco del nuevo régimen colonial y que se rebelan contra éste. Uno de ellos Rosendo Matienzo Cintrón, fundador del primer partido que abogará por la independencia de Puerto Rico sin ambages de clase alguna

(funda el Partido de la Independencia de Puerto Rico en 1912) resumirá la situación social de los puertorriqueños en aquel momento histórico de manera muy sucinta: "Abuelo, hacendado; padre, médico; hijo, jornalero". Visto desde esa perspectiva podemos notar que el movimiento nacionalista tiene una profunda raíz social: se trata de una clase que ha ido perdiendo su base económico-social y que experimenta un proceso de desplazamiento progresivo a manos del capitalismo norteamericano.

La máxima expresión de esta rebeldía contra el dominio imperialista nos la brinda el Partido Nacionalista Puertorriqueño, fundado en 1922 por un grupo de disidentes del Partido Unión de Puerto Rico, partido que hasta ese momento habrá sido el principal defensor del nacionalismo puertorriqueño. El Partido Nacionalista, que en sus orígenes es un pequeño grupo compuesto primordialmente por intelectuales preocupados por la asimilación cultural de Puerto Rico, se convertirá bajo la presidencia de Pedro Albizu Campos (1930) en el máximo exponente del nacionalismo anti-imperialista y radical en la isla.

Con la gran depresión capitalista de los años treinta comienza un período de gran agitación nacionalista y anti-imperialista en Puerto Rico. La crisis capitalista mundial repercute profundamente en la sociedad colonial puertorriqueña. Crece por consiguiente el sentimiento nacionalista así como la prédica socialista. De las ruinas de la antigua Alianza Puertorriqueña, fusión del Partido Unión de Puerto Rico y un sector del Partido Republicano, surgirá el Partido Liberal, defensor declarado de la independencia de Puerto Rico en las elecciones de 1932 y 1936. El Partido Nacionalista, de otra parte, presentará un programa económico netamente nacionalista cuyo claro propósito es el rescate del patrimonio nacional enajenado al capital extranjero, reforma agraria integral y la creación de condiciones propias para el desarrollo de una fuerte y vigorosa burguesía nacional.⁶ Se trata de un programa nacionalista arquetípico: la nación es una realidad meta-clasista, hay que apelar al sentido patriótico de todos los puertorriqueños, pues todos los puertorriqueños unidos podremos vencer al yanqui invasor. Desde ese punto de vista Albizu Campos representa el sector más radical de una clase social cuya precaria condición social le ha puesto en la disyuntiva entre la capitulación al imperialismo o la lucha frontal contra este. Albizu Campos y el Partido Nacionalista optan por la última alternativa con el resultado por todos conocido: aislamiento de las masas puertorriqueñas, recrudecimiento del síndrome de liderato unipersonal, represión imperialista masiva contra los militantes nacionalistas, disolución eventual del Partido Nacionalista como fuerza política dentro de la realidad nacional puertorriqueña.

Vale notar aquí que ideológicamente el nacionalismo Albizuista es una amalgama de corrientes que oscilan entre el radicalismo y el conservadurismo. Así, por ejemplo, Albizu Campos le imparte al nacionalismo puertorriqueño una teoría netamente anti-imperialista desde 1925, hecho

que lo ubica junto a los grandes precursores del anti-imperialismo como Mella y Mariátegui. Pero, al mismo tiempo, el nacionalismo puertorriqueño tiene una vertiente católica y conservadora que se reflejará en sus concepciones acerca de la familia, la religión, la nación, etcétera. Desde esa perspectiva podríamos quizás añadir que es una ideología contradictoria producto de una clase contradictoria. En todo caso es imperioso notar que la propia estrategia y táctica del nacionalismo en su momento de mayor efervescencia —el decenio de los treinta— es una que pretende realizarse por encima de las grandes masas puertorriqueñas. La grave falla del nacionalismo puertorriqueño ha sido, a nuestro juicio, su incapacidad para vincularse a las grandes masas trabajadoras puertorriqueñas. Contrario a la experiencia histórica de otros movimientos nacionalistas latinoamericanos que se encauzan por la vía del populismo reformista, el nacionalismo puertorriqueño será esencialmente uno donde imperará una concepción apocalíptica, moralizante de la revolución. Dadas esas circunstancias, le fue relativamente fácil al imperialismo descabezar el movimiento nacionalista mediante la encarcelación de sus líderes principales, comenzando con Albizu Campos.

Es precisamente en este vacío que debemos analizar el movimiento populista capitaneado por Luis Muñoz Marín en 1938 y que nace justamente bajo el signo del nacionalismo, aunque como veremos para abandonarlo tan pronto como dicho movimiento se consolida en las riendas del poder colonial. El Partido Popular Democrático fundado por Luis Muñoz Marín y otros destacados miembros de su generación es un movimiento de masas que se envolverá en la bandera de las dos grandes corrientes —hasta ese momento dominantes— de la historia de Puerto Rico en el Siglo xx: la corriente nacionalista cuya meta era la independencia para Puerto Rico (principio de auto-determinación), y la corriente socialista producto de la lucha de clases protagonizada por el movimiento obrero puertorriqueño desde comienzos de este siglo (principio de la justicia social) que históricamente no había coincidido con el planteamiento nacionalista a favor de la independencia de Puerto Rico.⁷ Más aún, el incipiente movimiento obrero puertorriqueño de comienzos de siglo ve cómo sus enemigos de clase a los burgueses nacionalistas, perdiendo de vista en el proceso que su verdadero enemigo era el imperialismo como fase superior del capitalismo tal y como este se manifestaba en nuestra sociedad. Este divorcio, esta disjunción entre la cuestión nacional y la cuestión social será lo que el Partido Popular Democrático salvará, si bien efímeramente, durante los primeros cuatro años de su gestión populista. Pero ello tendrá profundas implicancias para el futuro del movimiento nacionalista en Puerto Rico.

El Partido Popular Democrático, como dijimos, se funda en 1938. En 1936 comienza el proceso que conducirá a la encarcelación del alto liderazgo del Partido Nacionalista por "conspirar para derrocar el gobierno de los Estados Unidos por la fuerza y la violencia". Encontrados culpables, sus principales líderes —encabezados por Albizu Campos— serán

sentenciados a largas condenas de cárcel en una prisión en la metrópoli. El camino se halla así prácticamente expedito para el nuevo movimiento que, en adición a su retórica pseudo-revolucionaria, tiene desde el primer momento el apoyo de los círculos gobernantes de Washington. El Partido Popular Democrático dirigido por Muñoz Marín es por consiguiente la alternativa del imperio frente al nacionalismo radical representado por Albizu Campos. Es una alternativa que mostrará su eficacia mediante el copo de las elecciones coloniales de 1944.

En 1943 había comenzado la recuperación de los independentistas dentro de las filas del Partido Popular. (Recuérdese que se trata de un partido que nace al calor del proyecto nacionalista). En 1945 comienza la depuración de los nacionalistas dentro del Partido Popular Democrático. En 1946 se funda el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) organización donde se vierte gran parte del elemento nacionalista que anteriormente militaba dentro del Partido Popular Democrático. En 1947 regresa Albizu Campos a Puerto Rico y se reafirma en su tesis revolucionaria. Comienza de inmediato a organizar la resistencia que culminará con la frustrada Revolución Nacionalista de Octubre de 1950. El resultado será el mismo que en ocasiones anteriores. El esfuerzo insurreccionario del Partido Nacionalista carece de una base popular. Su fracaso estaba inscrito en la realidad puertorriqueña desde antes de que se hiciera el primer disparo. Lo cual, naturalmente, no le resta heroicidad ni espíritu de sacrificio a quienes participaron en dicha gesta. Si recordamos cómo fue percibido el Asalto al Moncada sólo tres años más tarde, tendremos una idea de que los grandes movimientos revolucionarios a menudo nacen bajo el signo de la derrota inminente. Pero lo que distingue al Moncada de Jayuya es que el retorno de los revolucionarios en el Granma ha sido enriquecido por toda una serie de experiencias —Guatemala en 1954 es una de ellas— que sólo podrán comprenderse dentro de una visión del mundo y de la lucha que era por completo ajena al movimiento nacionalista puertorriqueño en ese momento histórico. Este sufre una segunda oleada represiva que se recrudece con todo el rigor del macarthismo y su consiguiente aplicación a la colonia norteamericana en el Caribe. El Partido Nacionalista no se habrá de recuperar de dichos golpes. Quiero decir, como fuerza política de significación real en el Puerto Rico contemporáneo, toda vez que su profunda fuerza como símbolo de resistencia de nuestro pueblo sigue aún viva en la conciencia nacional puertorriqueña.

Aplastado por la vía represiva el Partido Nacionalista, el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) se convierte en el principal portabandera del nacionalismo puertorriqueño, aunque por la vía electoral y reformista. Este partido aglutina nuevamente a los sectores más radicalizados de la pequeña burguesía puertorriqueña, sectores de las capas medias, sobre todo intelectuales, pequeños agricultores y comerciantes, en fin, que se trata de un movimiento típicamente pequeño burgués dispuesto a llevar su lucha dentro de las reglas del juego establecidas por

el sistema colonial vigente, aun cuando se halla en flagrante oposición a éste. Como todos los movimientos nacionalistas anteriores el PIP adolece del mal que ya hemos señalado: su contacto con las masas obreras es tenue por no decir mínimo. Como en ocasiones anteriores en nuestra historia, la cuestión nacional se divorció de la cuestión social. El resultado no se hace esperar: las masas obreras y campesinas marchan por un lado —por lo general por el lado del Partido Popular Democrático— mientras que la pequeña burguesía nacionalista marcha por el otro. Sin fuerzas sociales que apenas se tocan, que apenas se conocen. El PIP comete el mismo error que el Partido Nacionalista, no logra insertarse en las corrientes populares. Después de 1956 comienza su declinar como fuerza política. En 1959 un grupo de disidentes del PIP funda el Movimiento Pro Independencia de Puerto Rico (MPI). Influidos decisivamente por la Revolución cubana y por la secuela de acontecimientos que sigue a esta, el MPI se convierte en un movimiento de liberación nacional, en una agrupación revolucionaria cuyo propósito es romper con el sistema colonial vigente de manera radical. El liderazgo del MPI es, en sus orígenes, una amalgama de nacionalistas radicales y Marxistas que coexisten en una agrupación que comprende cabalmente que el aislamiento de todos los movimientos nacionalistas de las masas puertorriqueñas ha sido la causa principal del estado precario del movimiento libertador puertorriqueño durante este siglo. Aun así, durante sus primeros años el MPI sigue siendo una agrupación de orientación básicamente nacionalista y de una composición social predominantemente pequeña burguesa y de las capas medias de nuestra sociedad. El MPI evoluciona progresivamente hasta fraguarse en el Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), partido Marxista-Leninista cuya meta primordial es convertirse en el partido de la clase obrera puertorriqueña. El PSP postula la lucha como la fusión intextricable de la cuestión nacional y la cuestión social, la independencia y el socialismo. De esta forma busca salvar el tradicional abismo entre ambas cuestiones que había plagado a todos los movimientos libertadores anteriores. Espina dorsal del movimiento libertador puertorriqueño lo deberá ser ahora la clase obrera industrial nacida al calor del programa de industrialización iniciado por el gobierno colonial en 1947, si bien se entiende que el movimiento hacia el socialismo deberá incorporar también a todas las clases y sectores actualmente superexplotados por el sistema capitalista-colonial que rige en Puerto Rico.

De otra parte, el PIP evoluciona, a partir de 1968, hacia posiciones más radicales. Actualmente dicho partido —luego de un largo zigzag ideológico— ha optado por el proyecto de la social democracia europea, aunque fundamentalmente —por su composición social pequeña burguesa y por su ideología rayana a menudo en el anti-comunismo— lo ubica hoy como el partido *nacionalista* de mayor fuerza en el Puerto Rico de hoy, nacionalista, desde luego en la tradición reformista trazada por De Diego y Concepción de Gracia, pero nacionalista en el sentido más cabal

del término. Todo ello no empequeñece la adhesión pública del PIP a un "socialismo democrático" que sería, según sus bases programáticas, la consecuencia lógica de la independencia de Puerto Rico.

Retornando ahora a la argumentación esbozada a principios de este trabajo, creemos pertinente considerar, aunque someramente, lo planteado a principio de toda esta disquisición: a saber, la relación entre el nacionalismo puertorriqueño y el latinoamericano y el carácter de Puerto Rico como "modelo" de desarrollo económico en el área del Caribe y sus implicaciones para el nacionalismo latinoamericano.

En primer lugar, hay que entender que, contrario a otros países latinoamericanos, Puerto Rico es un país que se halla bajo el dominio directo del imperialismo norteamericano. Ello explica en gran medida el carácter del nacionalismo puertorriqueño como fenómeno histórico: se trata de un movimiento cuya meta inmediata es lograr la independencia política de Puerto Rico, meta ya alcanzada por los países latinoamericanos desde hace más de un siglo. El nacionalismo latinoamericano se manifiesta en áreas tales como el rescate del patrimonio nacional enajenado a intereses imperialistas, la lucha contra la penetración cultural del imperialismo en la educación y la cultura, el esfuerzo por mejorar las condiciones que hacen posible el intercambio desigual y el desarrollo desigual, etcétera. Puede argumentarse que lo que se persigue es la independencia económica —cosa que también persiguen los nacionalistas puertorriqueños— pero definitivamente no está planteado en la agenda inmediata del nacionalismo latinoamericano la independencia política como tal. De ahí que los mecanismos de que ha podido valerse el nacionalismo latinoamericano frente al imperialismo: la sustitución de importaciones, por ejemplo, no son opciones reales para los nacionalistas puertorriqueños ni siquiera asumiendo que éstos pudieran ejercer el poder dentro del régimen colonial cosa que nunca han logrado, de paso sea dicho.

Como quiera que el movimiento nacionalista puertorriqueño ha sido históricamente dirigido por un sector de la pequeña burguesía así como de las capas medias de la población boricua, su relación con el nacionalismo latinoamericano puede considerarse como una de filiación clasista. Aun los grandes movimientos populistas latinoamericanos han sido dirigidos por una clase análoga a la que han liderado los movimientos nacionalistas puertorriqueños. De igual manera, cuando se ha planteado la incorporación de la clase obrera al proceso revolucionario en términos de la lucha por el nacionalismo, sectores considerables de la pequeña burguesía han vacilado— del avance de las fuerzas populares. Es que la propia composición clasista del nacionalismo latinoamericano —e incluyo aquí al puertorriqueño— así como la naturaleza misma de la ideología nacionalista hace que éste retroceda ante un movimiento popular que postule la superación del nacionalismo y de la clase social que lo sustenta.

Véase como se le vea, la transformación misma de la sociedad puertorriqueña durante tres cuartos de siglo de colonialismo norteamericano se ha encargado de poner seriamente en entredicho la capacidad y la volun-

tad de la burguesía puertorriqueña crecida al amparo del imperialismo de servir como agente de cambio revolucionario en nuestro país. Primero, porque el propio desarrollo económico de Puerto Rico bajo el signo del capitalismo dependiente ha propiciado el surgimiento de lo que el profesor Quintero Rivera ha denominado acertadamente una "burguesía anti-nacional" cuyos intereses como clase intermediaria coincide con los de la burguesía metropolitana. A esto debemos añadir considerables sectores de las capas medias cuyos intereses se hallan directa o indirectamente vinculados a la presencia imperialista en Puerto Rico. Todo el proceso mediante el cual se han ido remachando los lazos de dependencia cultural, ideológica, económica, política y militar ha contribuido indiscutiblemente a cimentar esta fuerza cuya meta es la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos como estado de la unión norteamericana. En Puerto Rico no hay una burguesía nacional y mucho menos nacionalista. En un país donde el 80% de las empresas industriales establecidas en la isla pertenecen a accionistas de la metrópoli lo más que podemos decir es que la burguesía puertorriqueña lucha por sobrevivir en algunos sectores económicos, tales como el cemento, la cerveza, la construcción, etcétera. Y, si el nacionalismo es, histórica y sociológicamente, una ideología característica de la burguesía, entonces no vacilamos en señalar que la debilidad del nacionalismo puertorriqueño es producto indiscutible de la debilidad de nuestra propia burguesía en cuanto clase social. O, para expresarlo de otra forma, que la burguesía puertorriqueña se ha mostrado incapaz de llevar hasta su fruición un proyecto histórico de liberación nacional que sí pudo plasmarse en algunos países latinoamericanos.

Es importante indicar que la especificidad del caso puertorriqueño es decir, su carácter colonial clásico, hace del nacionalismo un sentimiento colectivo mucho más difícil de erradicar que en países que ya han alcanzado su independencia. Pero el problema radica en que dicho nacionalismo sólo puede tener vigencia, no entre la clase que ha sido la portaestandarte histórica de dicha ideología, sino entre el proletariado puertorriqueño que es la única fuerza capaz de lograr la síntesis entre el problema nacional y los problemas sociales de Puerto Rico. El propio Marx nos advertirá en una ocasión que "la lucha del proletariado contra la burguesía es, por su forma aunque no por su sustancia, fundamentalmente una lucha nacional. El proletariado de cada país debe naturalmente ante todo ajustar cuentas con su propia burguesía". Y también "como el proletariado debe ante todo ganar el poder político, llegar a ser una clase nacional y constituirse como la nación, es, hasta ahora, él mismo nacional, pero si bien no en el sentido burgués de la palabra".⁸ Ello implica forzosamente que es el proletariado puertorriqueño quien debe dirigir el proceso emancipador hacia la liberación nacional y el socialismo, si bien en alianza con la pequeña burguesía nacionalista y todos aquellos sectores de clase que responden a una orientación política anti-imperialista. Desde ese punto de vista el nacionalismo tradicional puertorriqueño puede ser una fuerza de importancia en el proceso de romper

con los lazos de la dependencia secular de nuestro pueblo, pero sin que se pierda de vista que se trata de un "momento" en la lucha por la revolución social y no de su culminación como un proceso liderado por la pequeña burguesía nacionalista.

Una última observación. Después de la segunda guerra mundial el imperialismo utilizó a Puerto Rico como un vistoso escaparate donde podían los pueblos latinoamericanos palpar las virtudes de la libre empresa. Al igual que en otros lugares del planeta, Berlín, pongamos por caso, Puerto Rico había de ser la "vitrina de la democracia en el Caribe". Fue así como se puso en marcha el programa conocido como Fomento, cuyas piedras angulares eran: exención tributaria para las empresas norteamericanas que se establecieran en la isla; provisión de toda una red de obras infraestructurales para beneficio de los inversores; mano de obra barata y abundante; "clima industrial adecuado" (léase estabilidad política), etcétera. La crisis actual del capitalismo mundial ha puesto al descubierto la fragilidad de la vitrina. El crecimiento económico de la isla no sólo se ha estancado, sino que marcha en retroceso. Más de 40% de desempleados y subempleados, el crecimiento de una enorme masa marginal que se sustenta a través de los subsidios de alimentos del Gobierno de los Estados Unidos, le ha creado una crisis al gobierno colonial sólo comparable a la que éste enfrentó en los años treinta.

Es en este contexto que cobra vigencia histórica la única clase cuya ubicación estratégica la pone en condiciones objetivas de servir como agente de cambio social revolucionario. Me refiero a la clase obrera puertorriqueña.

"Los proletarios no son dioses", exclamará Marx en una ocasión. Y tal vez en ningún otro país latinoamericano tenga tanta vigencia la frase como en Puerto Rico. El proletariado, no cabe duda alguna, es hoy por hoy un proletariado mundial de igual manera que la burguesía es también una clase a nivel internacional. No obstante, la lucha inmediata del proletariado tiene que darse forzosamente a nivel nacional. Dentro de ese contexto la clase obrera tiene una de dos opciones: o protagonizar el proceso transformador de las estructuras que reproducen la explotación a nivel nacional e internacional, o servir como instrumento de la pequeña burguesía nacionalista en sus proyectos reformistas. Si el proletariado puertorriqueño ha de optar por la primera alternativa, tendrá por fuerza que abrazar el internacionalismo proletario superando así, eventualmente, el concepto burgués de nación y nacionalismo.

¹ Véase al respecto, *Memoria de los trabajos realizados por la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano 1897-1898*, (Nueva York: Imprenta A. W. Howes, 1898). También véase Carmelo Rosario Natal, *Puerto Rico y la crisis de la Guerra Hispanoamericana*, (San Juan, 1975).

² Desde esta perspectiva, resultan iluminadores los trabajos del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP), sobre todo, los del profesor Ángel Quintero Rivera. Véase por ejemplo su ensayo "La clase obrera y el proceso político en Puerto Rico", *Revista de Ciencias Sociales* (U.P.R.) Vol. XVIII, Núms. 1-2, marzo-junio, 1974.

³ Véase en este sentido el libro de Ramón Emeterio Betances: *Las Antillas para los antillanos*. (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975).

⁴ Remito al lector interesado a mi libro *Puerto Rico: una interpretación histórico-social*. 6ª edición. México: Siglo XXI Editores, 1973).

⁵ Véase el artículo de los economistas Elías Gutiérrez y José A. Herrero, aparecido en mayo de 1975 en el diario *El Nuevo Día*.

⁶ Lo dicho puede notarse en los escritos de Albizu Campos así como en los pronunciamientos del Partido Nacionalista. Véase a Benjamín Torres (compilador) *Pedro Albizu Campos — Obras Escogidas*, (San Juan, Editorial Jelofé, 1975) Vol. I.

⁷ Véase al respecto la interesante recopilación de textos de A. G. Quintero Rivera en su libro *Lucha Obrera en Puerto Rico*.

⁸ Ambas citas del *Manifiesto Comunista* aparecen citadas en Salomón F. Bloom —*El mundo de las naciones— el problema nacional en Marx* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975). Véase también a Renato Levrero — *Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels* (Barcelona: Anagrama, 1975).